

de mercado. En primer lugar los ‘acaparamientos’, de trigo por los horneros, de aceite por comerciantes, y de artículos de consumo corriente como arroz, maíz, vino, alubias, etc. Luego las ‘extracciones’, es decir, la salida de productos –de nuevo encabezados por el grano y el aceite– de la ciudad. Y siempre el tema de las ‘reventas’, de los profesionales dedicados a revender artículos del mercado y frente a los que se alzó un arsenal de limitaciones en su actividad: horarios, lugares, señalizaciones, condiciones de adquisición, etc. La legislación liberal del gobierno central de los años sesenta del XVIII puso en entredicho la mayor parte de esta política municipal proteccionista del consumidor.

Las actividades artesanales: la creciente hegemonía de la industria de la seda

[RICARDO FRANCH BENAVENT –UVEG–]

La recaudación de la tacha real impuesta a la ciudad de Valencia en 1513 nos permite conocer a grandes rasgos la estructura de la actividad artesanal que se llevaba a cabo en ella a principios de la Edad Moderna. De su análisis se desprende que, junto a los oficios orientados a la satisfacción de las necesidades más inmediatas de la población urbana (horneros, carniceros, carpinteros, herreros, etc.), era la industria textil la actividad laboral más importante, atendiendo tanto al número de personas ocupadas como a la entidad de la contribución abonada. La elaboración de paños de lana seguía siendo la principal actividad manufacturera, teniendo en cuenta que los artesanos que se dedicaban a ella estaban integrados en dos de las mayores corporaciones gremiales de la ciudad: los *paraires* y los *teixidors de llana*. No obstante, el sector estaba experimentando una grave crisis como consecuencia de la competencia ejercida por las manufacturas italianas en sus tradicionales mercados mediterráneos. Como la actividad estaba siendo controlada, además, por comerciantes que reaccionaron ante las dificultades encargando la elaboración de tejidos de inferior calidad y abaratando los costes de producción mediante la contratación de mano de obra no agremiada, las corporaciones artesanales reaccionaron exigiendo el incremento del control y la reglamentación que ejercían sobre la manufactura, lo que generó graves tensiones que se manifestaron en las Germanías. Por el contrario, en el otro sector textil más importante de la ciudad, las dificultades de los artesanos se derivaban, más bien, del proceso expansivo que estaba experimentando. La manufactura de la seda fue renovada por los artesanos y empresarios de origen genovés que se asentaron en Valencia, lo que determinó el surgimiento de dos corporaciones: el gremio de *velers*, creado en 1465, y el de *velluters*, constituido en 1479. Mientras que el primero de ellos regulaba la elaboración de artículos ligeros siguiendo la tradición musulmana, el segundo se centraba en la producción de los tejidos lujosos de inspiración italiana y no planteaba ningún obstáculo a la organización empresarial del trabajo por parte de los comerciantes o artesanos enriquecidos. Como consecuencia de este proceso, el crecimiento del sector generó también graves tensiones, tanto por el enfrentamiento surgido entre ambas corporaciones por problemas de competencia profesional, como por el proceso de polarización social que conocieron los *velluters*.

CUADRO I

Evolución del número de maestros registrados en el gremio de *velluters*
Colegio del Arte Mayor de la Seda de Valencia entre 1479 y 1801.
Índice 100 = 1575-1576

Año	Nº maestros	Índice
1479-1480	148	23,60
1487	300	47,85
1496	224	35,73
1517	284	45,30
1525	312	49,76
1555-1556	558	89,00
1565-1566	588	93,78
1575-1576	627	100,00
1585-1586	566	90,27
1595-1596	523	83,41
1606-1607	526	83,89
1616-1617	437	69,70
1626-1627	412	65,71
1635-1636	399	63,64
1646-1647	374	59,65
1656-1657	314	50,08
1665-1666	238	37,96
1676-1677	256	40,83
1686-1687	385	61,40
1696-1697	520	82,93
1716-1717	512	81,66
1726-1727	769	122,65
1737-1738	951	151,67
1746-1747	1.082	172,57
1757-1758	1.120	178,63
1767-1768	1.292	206,06
1777-1778	1.481	236,20
1787-1788	1.663	265,23
1801-1802	1.889	301,28

Fuentes: Navarro (1992), p. 76; García Cárcel (1975), pp. 27 y 152;
Franch (1999), p. 296; Franch (2004), p. 514 y Díez (1990), p. 70

En 1513 esta última corporación ya era la más grande de la ciudad, superando ligeramente a la de los *paraires*. Pero su hegemonía se afianzó tras las Germanías, siendo significativo que la composición que se impuso al gremio fuese más elevada que la cantidad total exigida a los dos oficios pañeros. A pesar de la provisión municipal que subraya la decadencia experimentada por el sector en 1532, la mayoría de los testimonios localizados ponen de manifiesto, por el contrario, que la expansión culminó en la segunda mitad de la centuria. El número de maestros registrados en el gremio de *velluters* doblaba entonces el nivel alcanzado antes de las Germanías (cuadro I). La producción elaborada conoció, así mismo, un crecimiento espectacular, pasando de las 42.292 alnas registradas en el manifiesto de 1512, a las 297.902 alnas que constan en el manifiesto de 1598. Ciertamente, la calidad de los artículos confeccionados fue cada vez inferior, reduciéndose la hegemonía que ostentaban los terciopelos inicialmente en favor de los satenes y los tafetanes. Una tendencia similar experimentaron las exportaciones realizadas a Castilla, que constituía



El privilegio obtenido por el gremio de *velluters* en 1686, que le permitía adoptar la denominación, socialmente más prestigiosa, de Colegio del Arte Mayor de la Seda, constituye un buen indicador del inicio del nuevo proceso expansivo que se estaba experimentando.

Estado actual de la fachada del Colegio del Arte Mayor de la Seda en la calle del Hospital.

el mercado fundamental hacia el que se destinaba la producción elaborada. Su entidad se triplicó en exceso, según reflejan los registros del impuesto de quema, entre 1522-1523 y 1578-1579. Paralelamente, el terciopelo fue desplazado por el satén, que retrocedió, a su vez, en favor del tafetán hacia la década de 1620. El crecimiento manufacturero comportó también la aparición de un nutrido sector empresarial que controlaba la mayor parte de la producción por medio del sistema de encargos realizados a los talleres artesanales.

CUADRO II

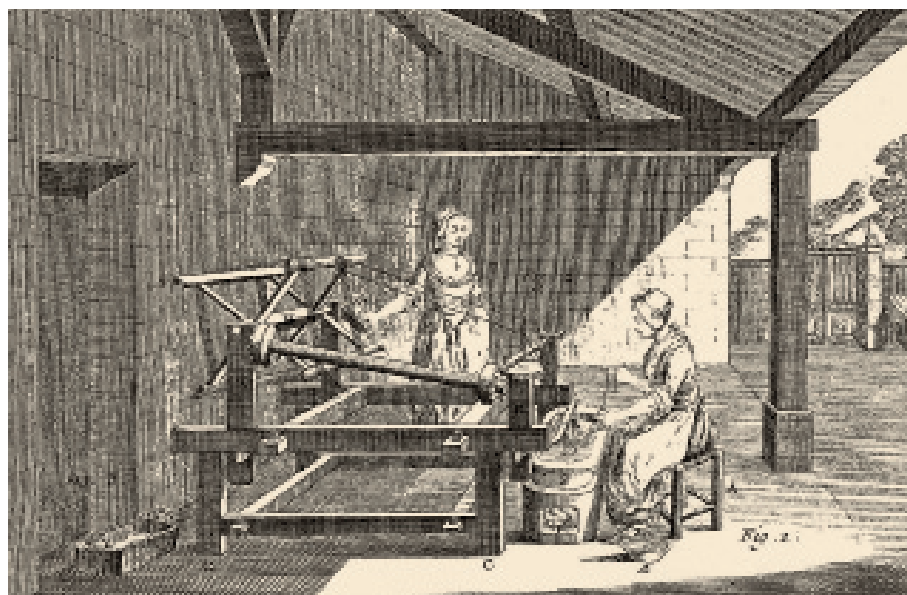
Distribución de la producción valenciana de tejidos de seda en 1788
(extensión en varas valencianas y valor de su proceso de elaboración en reales de vellón)

Tipo produc.	Nº Telares	%	Operarios	Varas	%	Valor	%
Muestra	1.098	31,00	2.496	718.720	31,54	4.312.320	32,46
Terciopelo	920	25,97	1.284	220.800	9,69	2.208.000	16,62
Llano	892	25,18	1.320	1.248.800	54,81	3.746.400	28,2
Fondo	282	7,96	594	57.684	2,53	1.153.680	8,68
Angostos	50	1,41	70	32.400	1,42	64.800	0,49
Parados	300	8,47					
Mujeres			2.000			1.800.000	13,55
Total	3.542		7.764	2.278.404		13.285.200	

Fuente: Franch (2000), p. 103

A pesar del crecimiento industrial experimentado, la mayor parte de la materia prima producida por la agricultura valenciana se destinaba al abastecimiento de los centros manufactureros castellanos, entre los que destacaba Toledo. La intensidad de las exportaciones realizadas impulsó a las cortes de 1547 y 1552 a la creación de un impuesto sobre la seda remitida en madeja o torcida, cuyo producto se destinó a la financiación del sistema de defensa del litoral frente a la amenaza del corsarismo norteafricano. Al resultar insuficientes los ingresos obtenidos, se produjo un progresivo incremento de las tarifas que acabó estimulando el tráfico de contrabando. De ahí que la seda remitida ilegalmente a Castilla acabara teniendo un precio inferior a la que se comercializaba en la propia ciudad de Valencia, lo que redujo la competitividad de los artículos que se elaboraban en ella. Los problemas se agudizaron como consecuencia de las dificultades experimentadas a finales de la centuria y generaron la grave crisis que sufrió el sector en el siglo XVII. Según revela la evolución de los maestros registrados en el gremio de *velluters*, la reducción de sus efectivos se agudizó a partir de la década de 1620, culminando a mediados de la década de 1660 (cuadro I). También disminuyeron considerablemente las exportaciones de tejidos de seda hacia Castilla, que estaban constituidas básicamente, además, por los tejidos más simples, como el tafetán. No obstante, la decadencia de la sedería toledana estimuló la manufactura local de la abundante materia prima disponible como consecuencia de la fabulosa expansión conocida por el cultivo de la morera en la segunda mitad de la centuria. Además de en las pequeñas ciudades ubicadas en las inmediaciones de las áreas productoras, como Alzira, Carcaixent o Xàtiva, la producción textil se incrementó también en la ciudad de Valencia. El privilegio obtenido por el gremio de *velluters* en 1686, que le permitía adoptar la denominación, socialmente más prestigiosa, de Colegio del Arte Mayor de la Seda, constituye un buen indicador del inicio del nuevo proceso expansivo que se estaba experimentando.

El periodo de esplendor que conoció la sedería valenciana en el siglo XVIII fue favorecido por la intensa protección estatal que le dispensó la monarquía. Las reformas fiscales realizadas como consecuencia de la guerra de Sucesión fueron beneficiosas para el sector, al suprimir las aduanas internas que gravaban el tráfico con Castilla y eliminar el impuesto del *tall*, exigido sobre el consumo de tejidos. Las medidas proteccionistas de 1718 eliminaron la competencia de los tejidos de seda y algodón asiáticos. Se estimuló, mediante exenciones fiscales, la comercialización de las manufacturas tanto en el



mercado peninsular como, sobre todo, en el colonial. Las fábricas valencianas pudieron adquirir a precio moderado la materia prima producida en el territorio, al prohibirse su exportación a partir de 1739. Pero, además, se reforzó el poder de la corporación gremial de la capital, extendiendo su jurisdicción al conjunto del reino de Valencia en 1722 y, sobre todo, 1736. Esta medida fue perjudicial para los pequeños centros manufactureros, pero contribuyó a generar la intensa concentración de las fábricas que se produjo en la ciudad de Valencia. El número de maestros del Colegio del Arte Mayor de la Seda creció espectacularmente a lo largo de la centuria, pasando de los 512 registrados en el ejercicio 1716-1717 a los 1.889 existentes en 1801 (cuadro I). Un proceso similar conoció la cifra de telares, que pasó de los 800 existentes antes de 1720 a los 3.500 de mediados de la centuria. Según la información disponible en el año 1788 (cuadro II), los 3.542 telares entonces existentes producían 22 millones de varas, la mitad de cuya extensión correspondía a los tejidos lisos más simples. Pero los tejidos labrados, como los espolines, representaban la tercera parte de la extensión y el valor total, y los terciopelos y fondos más caros el 25% de este último factor. Aunque el trabajo directo que generaba la manufactura ocupaba a 7.764 personas, el conjunto de la actividad empleaba a un mínimo de 25.000 personas, como estimaba Cavanilles, llegando a representar, según Antonio Ponz, la mitad de la población de la ciudad de Valencia y su particular contribución. Una parte de la producción realizada se comercializaba en el mercado peninsular, sobre todo en Madrid. Pero la mayoría de ella se dirigía por vía terrestre a Cádiz, desde donde se remitía hacia las colonias americanas. No obstante, la política de protección de las fábricas mermó la rentabilidad del cultivo de la morera y dificultó la modernización de la hilatura y el torcido de la fibra obtenida, lo que repercutió en detrimento de la calidad del tejido elaborado. La normativa técnica tradicional que regulaba su producción tampoco facilitó su adaptación a las nuevas exigencias de la demanda y las tendencias de la moda que marcaban los fabricantes franceses. La competencia ejercida por éstos fue reduciendo la comercialización de los tejidos valencianos en el mercado peninsular, mientras que la creación de la Compañía de Filipinas en 1785 facilitó la afluencia de los tejidos asiáticos en el mercado colonial. De ahí la intensidad de la crisis que sufrió la sedería valenciana al final del Antiguo Régimen.

La política de protección de las fábricas mermó la rentabilidad del cultivo de la morera y dificultó la modernización de la hilatura y el torcido de la fibra obtenida, lo que repercutió en detrimento de la calidad del tejido elaborado. La normativa técnica tradicional que regulaba su producción tampoco facilitó su adaptación a las nuevas exigencias de la demanda y las tendencias de la moda que marcaban los fabricantes franceses.

Grabado sobre la hilatura de la seda, en *Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers...*, París, Briasson, 1751-1777.